

Noticias Institucionales

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL PROFESOR JOSÉ MARÍA MEDRANO, SUB DIRECTOR DE LA ESCUELA DE CIENCIAS POLÍTICAS DE LA UCA, EN EL ACTO DE COLACIÓN DE GRADOS ACADÉMICOS 2000.

Quisiera evocar ante los nuevos graduados, ahora que yo mismo de alguna manera “ya fui”, o “me estoy yendo”, los inicios de esta Escuela de Ciencias Políticas, hace alrededor de treinta y cinco años. Entonces, en esta misma Universidad, un grupo de personas jóvenes, de adultos jóvenes y no tan jóvenes, nos pusimos a cursar un así llamado doctorado en Ciencias Políticas bajo el amparo y la docencia de un grupo de profesores a los que no vacilo en calificar de eminentes; Tomás D. Casares, Arturo Enrique Sampay, Juan Miguel Bargalló Cirio, Samuel W. Medrano, Mario Amadeo, Enrique Carlos Petracchi. Allí estábamos como alumnos, entre otros, nuestro actual Decano, el doctor Eduardo Ventura, nuestro profesor emérito, el doctor Alfonso Santiago, yo mismo y algunos mas. Desde luego, no puedo dejar de recordar muy especialmente con gratitud a quien fue durante muchos años gafa y director de esta Escuela, el doctor Francisco Arias Pelerano.

Con ellos emprendimos el estudio de la política, no sólo como descripción, clasificación y cuantificación de acontecimientos, sino también como indagación de realidades esenciales y como determinación racional de normas, valores e ideales. También aprendimos que la política no existe en el

vacío sino inmersa en múltiples relaciones con la ética, la economía, el derecho, además de estar enmarcada en diversas concepciones de la vida, muchas veces en pugna. Desde luego que, en esta Pontificia Universidad, fue la cosmovisión cristiana la que proveyó nuestros puntos de partida y guió nuestros desarrollos.

De aquel inicial curso de doctorado surgió, animada por los mismos principios, nuestra actual Escuela, con diversas carreras de grado y de postgrado. Fueron muchos años de trabajo y de esfuerzos, en medio de contingencias políticas cambiantes, que exigieron de todos nosotros, que pretendemos estudiar estas cosas más o menos científicamente, una atención especial, tratando siempre de trascender una superficial línea puramente cronológica de lo último y lo novedoso, mediante un arduo esfuerzo de alcanzar una dimensión de profundidad.

Como se ha dicho, nuestras disciplinas políticas son muy proclives a seguir modas, sin percibir que el estar hoy acrítica e irreflexivamente adelante y al frente, puede comportar estar mañana irremediablemente atrás, al desaparecer, devoradas por el tiempo y la historia, prácticas y doctrinas que parecían sólidas y definitivas pero que habían descuidado, precisamente, toda hondura y profundidad.

Como hemos repetidos en numerosas ocasiones, en nuestra Escuela hemos intentado cultivar distintas disciplinas que versan sobre la política, disciplinas no meramente yuxtapuestas, sino mutuamente exigidas por un mismo objeto real. La política es, en este sentido, una realidad única y peculiar, pero no por serlo es simple, sino compleja y multiforme, pues en ella coexisten lo uno y lo múltiple, lo esencial y lo fenoménico, lo universal y lo individual, lo general y lo particular, lo necesario y lo contingente, lo permanente y lo cambiante, lo fáctico y lo normativo. No es algo dado, sino algo construido, un conjunto de prácticas humanas que, al menos en parte, depende de lo que nosotros mismos seamos y hagamos.

Lo dicho vale tanto para la actividad política misma, como también para las ciencias políticas. Éstas serán lo que nosotros seamos y hagamos, y en este nosotros están ciertamente incluidos los recién graduados a los que en este momento me dirijo especialmente. La ciencia política está ahora también en sus manos, y en sus manos queda que retengamos y analicemos los hechos, pero también las normas y los valores, y que nuestras disciplinas políticas no se conviertan en un mero registro de situaciones fácticas, en un puro recuento de circunstancias cambiantes, ni, menos aun, en un puro y cínico o resignado naturalismo ajeno a toda afanosa búsqueda de la verdad y del bien. Como he sostenido antes de ahora, no se trata sólo de conocer y de saber, sino de comprender lo político. Comprenderlo en el sentido de abarcarlo en su integridad, que ciertamente incluye normas y valores, y no se agota en el acontecimiento sino que exige buscar la esencial razón de ser de las cosas políticas. Nótese que aquellos valores y normas son de todos porque son del todo político, y que dependen de actividades y prácticas humanas porque sólo pueden alcanzarse mediante el concurso y la cooperación de todos con medios puestos en común. Creemos firmemente que nada de esto puede quedar fuera del ámbito de estudios, enseñanzas e investigaciones de la Escuela de Ciencias Políticas de la UCA. Se trata de una tarea difícil en nuestra época, predominantemente utilitarista y hedonista, profundamente penetrada por ese materialismo práctico y cotidiano que denunciara Juan Pablo II.

Con ello queda dicho que descuidar la índole ética de la política es de algún modo mutilarla, desnaturalizarla, cabalmente corromperla y degradarla. No es esto el signo y el rasgo distintivo de nuestra Escuela.

Conocer una política sin normas y sin valores es conocer una realidad trunca, pues también las normas y los valores integran la realidad. Así puede decirse, por ejemplo, que ser "amoral" es

NOTICIAS INSTITUCIONALES

ser "irreal", pues la moralidad es una presencia insoslayable en la vida humana y social. Desde luego que con ello no quiere decirse que en los ámbitos de la ética y de la política vengamos de la perfección absoluta ni vayamos a la perfección absoluta: las posibilidades humanas en estos ámbitos exigen una tarea y una lucha constantes, para alcanzar lo que es asequible en cada circunstancia en orden al perfeccionamiento ético político, objetivo bien lejano, por cierto, de lo divino y de lo angélico pero, también, de lo demoníaco.

Provistos de tales principios, los egresados enfrentan ahora a la política no ya como saber, sino como profesión. Y aquí aparece la clásica distinción de Max Weber de vivir "de" la política y vivir "para" la política. Lo ideal, por cierto, sería que se pudiera vivir de la política y para la política al mismo tiempo, según las vocaciones y aptitudes de cada cual. Esto, desde luego, no es fácil y no debe ocultarse que, como a todos los que se inician en una profesión, les espera a los nuevos licenciados un arduo y largo camino. Pero, de todas maneras, deben confiar en sus fuerzas, ocupar espacios, hacerse indispensables. Y ello pasa por el estudio-continuado, por los cursos de perfeccionamiento y de especialización, por los títulos de post grado, por las investigaciones seriamente emprendidas. Una sola advertencia quiero formular. Los títulos, las maestrías, los grados académicos se han rutinizado y burocratizado. Así, por ejemplo, puede decirse que estamos en plena cultura del *paper*: o publicas o mueres; publica, aunque no tengas nada que decir, doctorate, aunque tu tesis sea de ínfima categoría científica. Los *paper* de esa índole nos aplastan. Se trata, pues, de investigar, de escribir y de publicar, pero seriamente, no para engordar artificialmente un currículum. Se trata, también, de doctorarse, pero con todo el esfuerzo y los resultados que cabe esperar de tan alto grado académico. De esta manera, mediante el trabajo esforzado y no pocas veces penoso, puede no descartarse una fundada esperanza de

NOTICIAS INSTITUCIONALES

mejorar la calidad de la política “activa” y de la política “contemplativa” en nuestro país.

Todo lo dicho, pretende ser, en primer lugar, una felicitación por el éxito que han conseguido al graduarse. También pretende ser un estímulo para seguir el arduo camino que conduce al éxito que habrán de alcanzar en la vida personal y profesional.